

El espíritu americanista de la Universidad de California

En el desarrollo de la apreciación histórico-cultural de nuestro continente, la Universidad de California (Berkeley) ocupa un puesto de avanzada. Tal vez se deba esta preocupación a la persistencia de los rasgos fisionómicos de una identidad de cultura y que sean los nombres castellanos de sus ríos, sus ranchos y sus misiones invitaciones constantes al estudio de la comunidad de origen. Tal vez sea la vecindad de la gran república mexicana o la obra de sus primeros grandes historiadores Bancroft, entre ellos, lo que orientó el pensamiento general de esa Universidad a la investigación de nuestros problemas.

Muchas pueden ser las causas, pero queda la realidad tangible que fué en esa Universidad donde se iniciaron los primeros cursos sobre historia ibero-americana.

Hace 39 años, allá por los años de 1895, un profesor de rara penetración histórica inauguraba solemnemente una cátedra destinada a la «Historia Hispano-Americana y sus Instituciones». Este curso no era una mera repetición de fechas y de nombres exóticos ante una audiencia profana sino que según sus propias palabras «su fin era llegar por el uso de ciertos hechos históricos a poner en relieve el origen y el carácter de las instituciones políticas y económicas que moldearon la América Española».

Fruto de estos estudios fueron una larga lista bibliográfica cuyos títulos principales *El Estableci-*

miento del Régimen Español en América (1907); *Las Dependencias Españolas en América* (1914); *Los Orígenes Intelectuales de la Revolución de la Independencia* (1926); muestran a un espíritu inquieto, que elevándose sobre las convenciones de la historia narrativa, ordena hechos en síntesis claras, mostrando el proceso hispano-americano y sus etapas significativas.

Es halagador para nosotros contemplar el nombre del Prof. Bervard Moses entre los doctores honorarios de la Universidad de Chile.

Desde la iniciación de dichos estudios, hasta estos últimos días en que tuve la honra de practicar ciertas investigaciones en sus archivos y bibliotecas y seguir algunos cursos, el panorama se ha ensanchado y son innumerables las cátedras y publicaciones relativas a Hispano-América. Apuntemos alrededor de sus personalidades más destacadas algunos hechos que afiancen el título del presente artículo, el espíritu americanista de la Universidad de California. No se trata de una mera curiosidad histórica o de un espíritu de información sino que todo ello parte de la convicción profunda entre sus profesores y alumnos que la estructura del presente sólo puede comprenderse por el conocimiento de sus avatares históricos y por sus transformaciones sucesivas. El presente de un pueblo y su totalidad espiritual es siempre algo concreto, individual, pero esto individual no sería inteligible y accesible sino

fuera al mismo tiempo representación de relaciones significativas eternas y generales. Es este el aspecto interesante de los estudios históricos y concebidos de esta manera forman la base preciosa para toda política de acercamiento internacional.

Figura central del movimiento indicado es el Decano de la Facultad de Letras, Dr. Herbert E. Bolton; de él arranca una corriente histórica que se ha desenvuelto con perfiles originales en la mayor parte de las universidades norteamericanas. El nombre de sus discípulos eminentes llena un folleto en su homenaje.

Historiador profundo de los orígenes californianos, viajero infatigable que ha seguido la huella de la penetración misionera en esas regiones, esclareciendo complicados enigmas topográficos, el profesor Bolton es al mismo tiempo un escritor de brío, nervioso, siempre actual. A su cargo corren en la Universidad dos cátedras principales: La una, «Historia del Oeste Americano»; versa sobre el tema de su especialidad y está correlacionada con un seminario de investigación en que dirige las tesis originales para optar a los grados que otorga la Universidad. La otra, «Historia de las Américas», inaugurada por él mismo en 1919, le sirve como vehículo para llevar a la masa estudiantil sus concepciones históricas originales.

La distribución de las materias en su libro de texto y los conceptos vertidos en su discurso «La epopeya de la gran América» inician una versión diferente de nuestro desenvolvimiento histórico. Se trata de reemplazar los antiguos manuales en que los tópicos encaillados en compartimento nacionalistas no expresan el verdadero

fluir histórico ni la interdependencia, ni el influjo de unos sobre otros: «cada historia local adquiere una significación más clara cuando se la estudia a la luz del conjunto y mucho de lo que se ha escrito sobre historia nacional es sólo parte de un todo más general, de un proceso».

La acumulación de nuevos materiales y el descubrimiento de muchas causas explicativas han hecho que las antiguas síntesis pierdan su significación y es por estas razones que el profesor Bolton ha escrito su manual.

Siempre recordaré las horas pasadas en la biblioteca Bancroft, las charlas en su gabinete de trabajo que preside un retrato de don José Toribio Medina, a la que acuden a pedir consejo y ha recibir orientación cientos de muchachos y de muchachas a los cuales las lecciones del maestro han marcado un derrotero. Para este espíritu ágil la erudición es un marco que hay que llenar con ideas.

Otro de los profesores que participa activamente en el movimiento americanista es el director de la biblioteca Bancroft y profesor de Historia de México, Dr. H. I. Priestley. Severo en sus conceptos, empeñoso en su actividad bibliográfica, el profesor Priestley dirige con maestría las actividades de la biblioteca. A su obra se deben los dos útiles y gruesos volúmenes del catálogo de los fondos sobre Hispano-América. Mr. Priestley es autor de una Historia de México y su último libro, *La llegada del hombre blanco*, con que inicia una nueva historia de la vida americana, es una evaluación penetrante del aporte de los diversos países europeos al desarrollo de la América naciente.

La trilogía de los especialistas

se completa con nuestro conocido profesor Dr. Ch. E. Chapman. Todos los que pasamos por el Instituto Pedagógico recordamos por conocimiento personal o por referencias, su espíritu jovial, ese concepto tan suyo de humanidad aplicada a la historia y por eso sus clases en California son tan concurridas. En ellas campea su ingenio que encuentra siempre esos pequeños datos significativos que caracterizan a los diversos países y le dan su color local. Fuera de los EE. UU. viviría únicamente en Chile, le oí decir una vez en su clase, y agregaba: Sería un país ideal si se jugara el football a la americana. De su paso por Chile como profesor de intercambio, mientras nuestros profesores Raúl Ramírez y José María Gálvez lo reemplazaban en California, tiene siempre recuerdos afectuosos que despiertan en sus alumnos el interés por nuestra historia. Su obra repartida en libros, artículos y folletos es inmensa. Comenzó ocupándose de problemas californianos, y hoy ocupa la cátedra de «Historia de Sudamérica». Para ayudar esta enseñanza ha escrito últimamente un manual de historia americana que es un cuadro sobrio y didáctico del desarrollo colonial de América.

No podría terminar sin referirme a profesores que en disciplinas hermanas han aportado un noble contingente al desarrollo de estos estudios.

El profesor Sauer tiene a su cargo la cátedra de Geografía y sus clases describen con maestría el marco geográfico en que se ha desarrollado el drama americano. De gran versación en materias históricas, conocedor profundo de los problemas económicos y sociales de América, el profesor Sauer tiene siempre a su disposición la referen-

cia oportuna que humaniza la geografía.

Recuerdo con especial interés un paralelo entre California y Chile, en que hacía la historia de los aportes de nuestro pueblo al desarrollo minero y agrícola de esa región.

No sólo el cuadro geográfico está entregado a especialistas sino que además del medio se estudia profundamente el problema de los orígenes etnográficos de la nacionalidad americana. Una figura de renombre universal, el Dr. Kroeber está encargado de estos cursos y su obra numerosa y selecta ha contribuido a esclarecer mil puntos oscuros de nuestra prehistoria, del origen de sus formas religiosas, su arte, sus mitos y sus costumbres.

La presencia entre estas eminentes autoridades de un profesor muy nuestro el Dr. Arturo Torres Riosco es un ejemplo y una enseñanza de lo que puede alcanzar la inteligencia, la labor constante, el espíritu fraternal.

Su curso sobre historia literaria Hispano-Americana y su obra creadora, crítica y bibliográfica lo hacen ser al igual que los nombrados unos de los propulsores de ese espíritu americanista que reina entre los miles de alumnos que concurren a Berkeley.

Este equipo intelectual, la riqueza de sus bibliotecas y la protección a toda iniciativa noble que signifique acercamiento americano hacen de esta Universidad uno de los centros más importantes en que se elabora una nueva política interamericana basada en un sólido conocimiento, en una amplia simpatía y en el desdén por toda penetración norteamericana que no parta de inspiraciones desinteresadas y de lealtad internacional.